

BOX 4|5|9

Noticias de la Oficina de Servicios Generales de A.A.®
Dirección Postal: Box 459, Grand Central Station, New York, NY 10163

VOL. 25, NO. 6 / EDICION NAVIDEÑA 1992

Queridos Amigos,

"Entrégate a Dios, tal como tú lo concibes. Admite tus faltas ante El y ante tus semejantes. Limpia de escombros tu pasado. Da con largueza de lo que has encontrado y únete a nosotros. Estaremos contigo en la Fraternidad del Espíritu, y seguramente te encontrarás con algunos de nosotros cuando vayas por el Camino del Destino Feliz.

"Que Dios te bendiga y conserve hasta entonces."

Alcohólicos Anónimos, p. 151

En 1947 Bill escribió, "A casi todo el mundo las Navidades les traen pensamientos de reanudar los lazos cariñosos, de dar y recibir regalos. Renovadora y maravillosa es la visión de El, que brilla a través de los siglos para todo aquel que levante los ojos y mire."

En esta época de renacimiento y renovación espiritual, todos nosotros en la G.S.O. estamos agradecidos por haber tenido la oportunidad durante el año pasado de servir a la Comunidad. Les enviamos nuestros mejores deseos para las fiestas y para el año nuevo mientras trabajamos unidos en la Comunidad del Espíritu, un día a la vez.

Con el amor de A.A.,

*John Sarah Helen George
Denny Fred M. Lois Pat Susan Richard
Janie Queen Valerie John*

El **Box 4-5-9** es publicado cada dos meses por la Oficina de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos, 468 Park Avenue South, New York, N.Y.

© 1992 Alcoholics Anonymous World Services, Inc.

Dirección de correo: P.O. Box 459, Grand Central Station, New York, NY 10163.

Subscripciones: Individual, U.S. \$3.50 por año; grupo, U.S. \$6.00 diez copias de cada número por año. Cheques: Hacerlos a favor de A.A.W.S., Inc., y deben acompañar el pedido.

Los grupos de A.A. sobreviven el huracán Andrés

Imagínate lo siguiente. Un huracán al que se ha puesto el nombre Andrés pasa azotando por tu área, haciendo pedacitos tu casa, arrasando el local de tu grupo de A.A. y, luego el gobernador del estado, con miras a preservar el orden público, impone una queda. Tú y tus compañeros de grupos, quienes, por casualidad, también han perdido sus casas, ¿qué van a hacer? Nada más sencillo. Van a esperar unos pocos días — sólo el tiempo necesario para orientarse — y entonces proponer una solución de A.A. muy práctica. Efectuar sus reuniones regulares de noche al aire libre y por la tarde.

Y cuando empiezan a llegar las incontables llamadas telefónicas de todas partes del país, de gente que les ofrece comida, ropa, dinero, libros, ¿qué van a hacer? Van a decir, “Muchas gracias, pero nos las estamos arreglando bien.”

“Muchas personas nos han ofrecido ayuda, pero rechazamos todo amablemente. Somos automantenidos,” explica Pete M., coordinador de área del Condado Dade, de Florida. Todos estamos bien ahora. A.A. es fuerte, está viva, y no necesitamos ayuda. Agradecemos el bondadoso deseo de ayudarnos, pero vamos a vivir de acuerdo a las Tradiciones y ser automantenidos. Nos desenvolveremos bien.”

De los 123 grupos del Condado Dade, solamente tres estaban situados directamente en la trayectoria del huracán: el Grupo *Homestead* (150 miembros); *South Dade* (200 miembros) y *Tres Legados* (20 miembros). Irónicamente, según Pete, el Grupo *Homestead*, ubicado en el área que más se veía en los reportajes, salió casi indemne; algunos saqueadores rompieron la vitrina del local del grupo y robaron un micrófono. Todos los edificios alrededor suyo fueron totalmente destruidos.

“El Grupo *Homestead* estuvo celebrando sus reuniones al aire libre durante un corto tiempo, porque se quedaron sin electricidad. Pero ahora ha logrado normalizar sus operaciones y se encuentra en buen estado,” Pete dice. De hecho, todos los miembros tienen como sillas temporales cantidad de cartones de libros enviados de Cleveland, ciudad natal de uno de ellos que pasa seis meses al año en Florida. “Van a regalarlos a otros grupos,” Pete añade.

El Grupo *South Dade* sufrió la mayor pérdida. “Su local quedó literalmente en ruinas,” Pete nos informa. Después de encontrar otro local, y con la donación de un par de generadores por parte de algunos miembros, el grupo está nuevamente funcionando, y “efectuamos nuestras acostumbradas 23 reuniones a la semana.”

El Grupo *Tres Legados*, que solía realizar sus reuniones en una iglesia, ahora se reúne en la casa de un miembro. Aunque el techo de su antiguo hogar, arrancado por Andrés fue reemplazado, la iglesia ahora sirve como un centro de distribución de comida.

En total, los tres grupos cuentan con unos 400 miembros, y todos perdieron sus casas. “Todos hemos perdido todo,” dice Pete con un tono alegre que te puede extrañar. “Hay que ver la devastación del condado para entender. No queda nada.” Aunque todos los miembros han logrado encontrar alojamiento temporal, algunos han decidido irse del área para siempre, y esto, Pete comenta, “es lo que más entristece. No se sabe cuántos se han trasladado, pero sabemos que aquellos que perdimos eran miembros buenos y fuertes. Se va a notar su ausencia.”

Pete dice que, al igual que mucha otra gente, él espera que le cueste un año reconstruir su casa y que se tardarán dos años en reconstruir la ciudad. Inmediatamente después de pasar el huracán, “todos estaban hablando de Andrés. Ahora hemos vuelto a hablar de A.A. ¿Autoconmiseración? No estaría de acuerdo con los consejos de A.A. Aquí se puede ver A.A. en acción y es una maravilla.”

Pete comenta que la Cena de Gratitud anual del condado se celebrará el 24 de octubre como estaba previsto. “Siempre es un éxito de taquilla, con unos 1,000 participantes A.A., y como de costumbre, enviaremos una contribución de \$3,500 a la G.S.O. Mira, nosotros los A.A., nos levantamos de los escombros y seguimos adelante.”

El Delegado de Louisiana, Syd M., nos dice que, aunque había mucho daño en algunos municipios del estado, en los locales de A.A. había “poco destrozo, en general. Pero muchos A.A. que residen en la zona costera, en los municipios de Terrebonne, Santa María y Lafourche, perdieron sus casas o sus bienes, y muchos no tienen seguros. Syd dice que varias áreas han ofrecido asistencia económica y que él está preparando una lista de los nombres de los miembros más afectados que han pedido ayuda para reconstruir sus casas. En Louisiana se impuso una queda parecida a la impuesta en Florida, dice Syd, pero su efecto en las reuniones programadas sólo se sintió durante unos pocos días.

Se ruega poner en el tablón de anuncios de su grupo las *Doce Sugerencias para Pasar las Navidades Sobrio y Alegre* que aparecen en la página 12.

Retorno a las fiestas

Al llegar a fines de otoño, muchos de nosotros en la Comunidad nos preguntamos si tal vez no tuviera razón aquel gracioso que decía que el alcoholismo era una enfermedad de tres facetas —el Día de Acción de Gracias, el de Navidad y el de Año Nuevo. Ante los recuerdos que surgen de las fiestas de antaño, fiestas empapadas de alcohol, nos sentimos amenazados, avergonzados. Nos creamos imágenes del futuro. De repente, nos olvidamos de que somos miembros de la Comunidad un día a la vez, sea cual sea el día. Algunos de nosotros miramos hacia las semanas que vienen, y nos parece que el temor, la soledad, el vacío e incluso la depresión se han instalado dentro de nosotros para siempre.

No obstante, a pesar de nuestros tristes pronósticos, muy a menudo resulta que las fiestas no solamente las pasamos bien, sino mejor que otras muchas de los años anteriores. Estamos sinceramente agradecidos por los regalos que recibimos; nos gustan sinceramente las reuniones familiares. Pero las impresiones más duraderas son las derivadas del amor y el apoyo que experimentábamos en las fiestas celebradas por nuestro grupo.

Se puede decir sin gran riesgo a equivocarse que tales fiestas se efectúan en todas partes del mundo, dondequiera que se celebre la Navidad (o Hanukkah). Ya sean fiestas grandes o pequeñas, en remotas áreas rurales o ciudades muy pobladas, el compartimiento y la hospitalidad tienen como foco una reunión regular de A.A. Aparte de este punto común, las reuniones de

“La primera Navidad que pasé en A.A. fue la más memorable,” escribe Juan G., de la ciudad de Nueva York. Diciendo lo que la mayoría de nosotros quizá diríamos, Juan añade, “todas las Navidades posteriores han sido maravillosas, pero las primeras impresiones son imborrables.”

Un mes antes de la Navidad, Juan se estaba sosteniendo con pagos de la asistencia social, viviendo en un cuarto amueblado a poca distancia del centro de rehabilitación de donde acababa de ser dado de alta. “Un día, según se acercaban las fiestas navideñas, me enteré de que se iba a realizar en ese mismo centro una reunión maratónica, desde las 9:00 p.m. de la Noche Buena hasta las 12:00 m. del Día de Navidad. Cuando llegó la Noche Buena, su servidor se sentía sumamente nervioso.

“Llegué temprano al centro y pasé la noche asistiendo a reunión tras reunión. Los borrachos sobrios iban entrando y saliendo durante toda la noche. Muchos de ellos tenían cigarrillos u otros regalos para los pacientes, y había mucha risa y camaradería. Esto, me decía, es lo que he estado buscando toda mi vida. Esta gente me entiende, no me está juzgando, y se está riendo de sus aventuras borrachas. Mientras transcurría la noche, venían apareciendo caras nuevas; todos explicaban cómo habían cumplido con sus obligaciones familiares, haciendo el papel de Santa Claus, etc., y que luego



los grupos son, en su estilo, tan variadas como lo deseen los miembros o lo dicten las costumbres regionales.

Es indudable que todo miembro que haya celebrado al menos una fiesta en la Comunidad tiene una historia que contar. A continuación aparecen unas cuantas:

habían tenido necesidad de asistir a esa reunión para expresar su agradecimiento por todo lo que A.A. les había dado. ¡Qué impresión! Estas personas se han ido de sus hogares, apartándose de la lumbre y de la familia en la Noche Buena para compartir conmigo y los demás presentes su experiencia, fortaleza y esperanza. Puede que yo sea tonto, pero no estoy loco. Allí me quedé y en A.A. me he quedado.”

Richard B. nos pinta un cuadro de una de sus primeras Navidades en A.A.: “Un grupo de miembros del sudoeste de Missouri, estaba celebrando una reunión que tenía como tema ‘La tristeza de las fiestas.’ Decidieron hacer algo para remediarla. El resultado fue la Convención de las Fiestas Invernales de A.A.

Debido a que la sede sería un pequeño hotel situado en un área rural, y ya que se sabía que muchos miembros iban a pasar las fiestas con sus familias, había alguna vacilación en iniciarla. No obstante, se decidió que, aunque fuese siempre muy pequeña, los que la necesitaran la tendrían. Normalmente, se realiza la convención el fin de semana entre la Navidad y el Día de Año Nuevo y, con frecuencia, a causa de mal tiempo y fallos eléctricos, es difícil reclutar oradores. Un orador, que después de un lapso de ocho años volvió a compartir, dijo que se le regaló la primera vez un ramo de flores con una tarjeta dirigida a su familia que llevaba inscrito: ‘*Muchas gracias por compartir esta Navidad con nosotros.*’ Hay gente que no tiene posibilidad de asistir a la convención, debido a obligaciones de familia, pero hay otros que nunca se la han perdido, que dicen: ‘A.A. es la única familia que tengo.’”

Celebrar la Hanukkah, la Fiesta de las Luces, en Jerusalén, “siempre era una dura prueba,” nos escribe Fred. “Hay que encender las velas, y encender una con otra, con la mano temblorosa, puede ser una experiencia penosa; intentar hacerlo con ocho, una tras otra, es una misión formidable.

“Una vez, sentado en una mesa gloriosamente puesta, después de la sopa, pedí permiso para ir al baño y, en el camino, decidí echarme una pequeña siesta. No me desperté hasta las cuatro de la mañana. Había cantidad de incidentes parecidos, según Fred, pero un día, “un vecino, que desde hacía meses había observado mi conducta de borracho, me llevó a mi primera reunión de A.A. Allí vi a gente tomando café, hablando, riéndose y, sin duda, pasándose en grande. Empezada la reunión, me preguntaron por qué había venido —qué estaba buscando. Les contesté: “Soy un desastre total.” Me dijeron: “No te tomes aquel primer trago. Asiste a las reuniones. Y busca a un amigo alcohólico.” A pesar de que yo había llegado bien borracho, oí lo que me decían y, desde ese día, no me he tomado un trago.”

Esther H. recuerda la soledad de su primera Navidad en A.A., después de lograr su sobriedad en 1974. “Estaba sola con mi hija de dos años,” nos dice Esther.

“Aislada de mi familia en Canadá, enajenada del mundo entero. Había estado casada con un hombre antillano y, para las Navidades, solía hacer un pastel de fruta antillano, empapado en ron. Durante las semanas antes de la Navidad, empezaba a marinar las frutas, tomándome, a cortos intervalos, traguitos de la mezcla. Siempre empleaba un ron muy caro, diciéndome que esto tenía que ver con el sabor.

“Ahora me encontraba apenas sobria, sola, y en la imposibilidad de hacer mis queridos pasteles de fruta para todos mis parientes. Compartí mi preocupación con un amigo de A.A., quien me sugirió “¿Por qué no haces un pastel de zanahoria? Según la receta que me dio, se marinaban las pasas y pedacitos de manzana en zumo de manzanas. Me quedé encantada. Podía ocuparme haciendo lo acostumbrado. Desde 1974, cada año he hecho los pasteles de zanahoria navideños y los llevo a mi grupo de A.A.”

Esther sigue su narrativa diciendo: “Ya que fui criada en una familia judía, durante mis primeros días en A.A. asistía a servicios en una sinagoga, pero no podía sentir ninguna conexión. Entonces, fui a iglesias, pero allí no me podía conectar tampoco. Así que empecé a cantar a mi hija las canciones de Hanukkah que recordaba de mi niñez. No hubo en mi vida otra gente en aquel entonces, pero compré un árbol y lo adornamos con figuras de cuentos. Todavía tenemos, mi hija, ahora de 20 años, y yo, un árbol, velas de Hanukkah — y un pastel de fruta. Para mí la sobriedad fue un milagro. Hanukkah era la celebración del milagro de las luces. El nacimiento de Jesucristo simbolizaba el nacimiento de una nueva yo.”

De Quebec, Rosaire V. nos relata que, para cada Navidad durante los últimos 18 años, su grupo ha celebrado una reunión, en la que se pide a todo miembro que comparta sus recuerdos de su primera Navidad sin alcohol. “El mensaje que transmitimos, especialmente a los principiantes,” dice Rosaire, “es que A.A. nos deparó una nueva vida. Es un mensaje de esperanza.”

Información para los directorios: Fecha límite — el 1 de marzo de 1993

Un recordatorio para los delegados de área: si no han devuelto todavía sus impresos de computadora, tengan presente que la fecha límite *final* para inclusión en los directorios es el 1 de marzo de 1993.

Los impresos de computadora corregidos y actualizados y devueltos a la G.S.O. por las áreas se utilizarán para preparar los directorios de A.A. para 1993/94: EE.UU./Este; EE.UU./Oeste y Canadá. En estos directorios confidenciales aparecen listas de grupos y contactos; delegados y custodios; oficinas centrales/intergrupos; y contactos especiales internacionales.

